

ocurrido pretender á ninguna otra Nación, incluso los Estados Unidos, á quienes tanto debemos en nuestra segunda Independencia.

Veremos si nos equivocamos y si es cierto que la colonia española de esta República tiene entre nosotros un poder que el mismo Gobierno de España no se ha atrevido siquiera á pretender.

Veremos si nos equivocamos y si es cierto que México, después de 74 años de Independencia y después de haber arrojado de sus playas á los soldados españoles que pretendieron sojuzgarlo, á las órdenes del célebre Barradas, ha venido á quedar reducido á un feudo, á una hacienda, á una colonia de la colonia española que aquí encuentra lo que la Europa no puede ofrecer al proletario y, en cambio, encuentra éste ampliamente en toda la extensión de esta América que habla la lengua de esa misma colonia á que nos referimos, y que ostenta el nombre de la nacionalidad de ésta como su distintivo natural.

Simpatías por la emancipación de Cuba.

La mayor parte de la prensa norteamericana, lo mismo que numerosos diarios de Centro y Sud América, demuestran en correctos y elegantes escritos la simpatía que la actual revolución cubana ha despertado en la conciencia universal. Argumentos sólidos, hechos históricos de indiscutible importancia, razonamientos reposados y fríos, pero con la frialdad de la razón y del derecho, son aducidos á diario por esa prensa ilustrada y digna.

Nuestros lectores juzgarán por sí mismos de esta verdad, por medio de los trabajos que á continuación publicamos, tomados de importantes diarios de New York.

“Según telegramas de Buenos Aires, las simpatías de los argentinos se ha declarado calorosamente en favor de la lucha cubana por la independencia y es probable que cause el pronto reconocimiento de los revolucionarios como beligerantes. Eso es lo menos que podían esperar los que están familiarizados con la parte memorable que los argentinos tomaron en la liberación de las posesiones de España en Sud América. Que Buenos Aires dirija la senda, y las mismas ilustres tradiciones compelerán á Venezuela y Colombia á seguir el mismo simpático proceder. Los insurrectos cubanos contra los cuales el primer ministro español ha pronunciado la salvaje sentencia de muerte ó destierro, han sido enseñados por la historia á esperar que los compatriotas de Bolívar y Sucre les obtendrán, por lo menos, los derechos que la ley de naciones concede á los beligerantes.

Las comunidades que hablan español en el continente suramericano nunca hubieran obtenido su independencia, si á cada una de ellas se le hubiese dejado sola, como ha sucedido con Cuba hasta ahora, para contender por sí con todo el poder militar de España. La nota her-

mosa de la lucha sur americana por la independencia,—que desde el levantamiento de Venezuela en 1810 hasta la batalla de Ayacucho en 1824, duró casi el doble de lo que nuestra guerra revolucionaria,—fué la prontitud de los naturales de una provincia en sacrificar sus vidas y fortunas en favor de sus camaradas combatientes por la libertad.

Tómese, por ejemplo, los extraordinarios servicios que los argentinos prestaron á sus vecinos. En 1812, sólo un año después de la reunión del primer Congreso revolucionario en Buenos Aires, las fuerzas argentinas capturaron á Montevideo y libertaron la región que hoy se conoce como el Uruguay. No fué hasta 1819 que se declaró formalmente separado de España todo el país del Río de la Plata, y con todo, un año después el General San Martín dirigió un ejército argentino á través de los Andes, y en la batalla de Chacabuco derrotó á los españoles, que tres años antes habían reprimido la revolución chilena. El mismo General San Martín fué el que, en 9 de Julio de 1821, á la cabeza de tropas argentinas y chilenas, hizo una entrada triunfal en Lima, que era considerada la fortaleza principal de los españoles en Sur América. No fueron estos los únicos hechos fraternales de los argentinos, porque apenas habían arrojado el yugo español, al mando del General Balcácel invadieron Bolivia, conocido entonces por Alto Perú; derrotaron dos veces las tropas españolas, y celebraron el primer aniversario de su independencia en Mayo de 1811, cerca del Lago Titicaca. Y debe notarse, además, que cualquiera cosa que pudiera decirse de las combinaciones personales de otros patriotas sur americanos, el auxilio que los jefes argentinos prestaron á sus compañeros rebeldes, fué casi siempre desinteresado.

España hizo esfuerzos desesperados para recuperar el Perú y las minas del Potosí, y apesar de la obra llevada á cabo por los generales argentinos San Martín y Balcácel, hubiera triunfado en su empresa, si á los revolucionarios peruanos no les hubiese llegado ayuda de otros lados.

El programa de la liberación que sostuvieron en el Sur los argentinos, fué secundado en el Norte por los naturales de Venezuela y Nueva Granada. Diez años transcurrieron desde el primer movimiento revolucionario en Caracas, en 1810, á la expulsión final de los españoles de Colombia, que así se llamó á las dos provincias citadas después de su unión en 1821. Un año después, un ejército colombiano, bajo el mando del Presidente Bolívar y su colega Sucre, penetró en Quito y arrojó á los españoles del Ecuador. De ahí procedió al Perú, donde los realistas estaban otra vez en la ascendiente; pero no fué hasta Agosto de 1824 que Bolívar derrotó al General español Canteras, en los llanos de Junín. A Sucre le estaba reservada la empresa de libertar otra vez el Alto Perú, empresa que concluyó en menos de un año, después de ganar la decisiva batalla de Ayacucho. Es bien sabido que los naturales del Alto Perú conmemoran su obliga-

ción á los colombianos, en el nombre de su república, Bolivia, y en el de una de sus principales ciudades, Sucre.

La comunidad de México, lo mismo que la Confederación Argentina, puede jactarse de que su independencia fué adquirida por sí misma, aunque fué larga y dudosa la lucha desde el primer levantamiento infructuoso del presbítero Miguel Hidalgo hasta la feliz proclamación de independencia por Iturbide, en 1821. Pero, aunque por la primera obtención de su gobierno propio no puede decirse que los mexicanos deben una de sus deudas honrosas, que pueden solamente redimir dando á otros igual ayuda generosa, hay, sin embargo, razones que acreditan por qué debieran mirar con simpatía especial los esfuerzos de los cubanos por seguir su ejemplo. La Isla de Cuba es su madre patria. De Santiago de Cuba salió la expedición al mando de Cortés; y fué Cuba la que envió los refuerzos indispensables para la destrucción final del Imperio Azteca. A todo mexicano de sentimientos elevados debe de parecerles deplorable que todavía queden en Cuba hispano-americanos víctimas del despotismo español, tres cuartos de siglo después de la redención del continente norteamericano. Es bien sabido al Presidente Díaz y á sus ministros lo que sus consanguíneos cubanos deben esperar, á merced de consejos de guerra españoles, á menos que el programa del gobierno de Madrid se contrarreste, asegurando á los revolucionarios la protección de la ley de las naciones.

Hemos dicho que México no debe nada á ninguna comunidad hispano-americana, por su secesión de la tiranía española. Pero vino una vez cuando un emperador francés emprendió, y por algún tiempo con éxito, el esclavizamiento de México, que los españoles habían sido incapaces de llevar á cabo. Nadie mejor que el Presidente Díaz puede reconocer con más agudeza el hecho de que los espléndidos servicios que él ha prestado á su país, no hubieran podido realizarse nunca si el Secretario Seward no hubiera intimado á Napoleón III que retirara el ejército francés al mando de Bazaine.

La República Mexicana nunca podrá corresponder á los Estados Unidos en ese gran acto de amistad, por que no se aceptaría ninguna compensación directa. Pero á los ojos del mundo puede demostrar una noble apreciación de la deuda, pasándola á Cuba, que, aislada de las comunidades hispano americanas, ha clamado en vano por socorro hasta ahora.

Sobre México y la Argentina, las más poderosas de las repúblicas hispano-americanas, resta de un modo conspicuo el deber de contestar el vergonzoso manifiesto dado á luz por el primer ministro de España. La declaración de que á los revolucionarios cubanos les espera la muerte ó el destierro, debiera ser contestada por su reconocimiento oficial como beligerantes. No se imaginan los gobiernos argentino y mexicano que en esta cuestión cubana,—lo mismo que en el asunto de la república Hawái,—el presidente Cleveland representa los sentimien-

tos y las resoluciones del pueblo americano. Cuando nuestro nuevo Congreso se reuna, en Diciembre, obligará al Ejecutivo á hablar, en nombre de la humanidad, y exigirá para los cubanos la protección de la ley de naciones. Pero ni México ni la Argentina deberían esperar por eso. Ellos ocupan el lugar más prominente entre las repúblicas hispano americanas; son los representantes del liberalismo, en la sección de este continente donde se habla español, y deben comprender que el puesto de honor lleva consigo una gran responsabilidad.

(The Sun)

“Si el modo de ver de un pueblo ejerce influencia sobre su gobierno, la administración de Cleveland tiene el deber de demostrar que la simpatía de los Estados Unidos por los revolucionarios cubanos, ya no tiene dudas. El Gobierno de Washington ha sido generoso con el gobierno español. El patriótico movimiento de los cubanos que residen temporalmente entre nosotros se ha visto coartado; y el esfuerzo de los colonos ha sido seguido, no con simpatía, sino con perjuicio de sus intereses. Es verdad que la política llevada á cabo por la administración, no ha tenido la representación legítima del verdadero sentimiento del pueblo americano.

La presencia continua en Cuba de un poder europeo, es incompatible con los intereses de este país. Pertenece á otra época. Es una condición que ha matado toda excusa para ello. Ha llegado el momento de que este país reconozca á ambos contendientes como beligerantes, dándoles el mismo derecho á los revolucionarios que se le tolera á sus enemigos y opresores.”

(THE PRES.)

DEFINICIONES

Para “El Continente Americano”

¿Ves esas nubecillas que en el cielo
La aurora con sus tintes colorea?
Son las huellas que dejan en su vuelo
Los alados querubas de la Idea.

¿Ves esas perlas que en su róseo broche
La flor ostenta al entreabrirse ufana?
Es el púdico llanto que la noche
Derrama al despedirse, en la mañana.

¿Ves esa madre selva embalsamante
Que orna las grietas del mural sombrío?
¡Ese es el lazo con que Dios, amante
Ató tu ardiente corazón al mío! . . .

Octubre 15 de 1895.

NICOLÁS SAN MARTÍN

(Mexicano)

Reminiscencias del Pasado.

En Mayo de 93, el eminente cubano Don Manuel Sanguil y en un artículo dedicado á juzgar la suble-